

1. EL INFIERNO

Estábamos enterrando a un amigo cuando un teléfono móvil interrumpió la grave ceremonia. Tras un breve intercambio de miradas reprobatorias, comprendimos que el ruido procedía del cadáver, cuyo féretro había sido abierto para que el finado recibiera el último adiós. La viuda, después de unos segundos de suspensión, se inclinó sobre el muerto y le sacó el teléfono de uno de los bolsillos de la chaqueta. "Diga", pronunció dolorosamente. No sabemos qué escuchó al otro lado, pero la vimos palidecer; enseguida gritó: "Fernando falleció ayer y usted es una zorra que ha destruido nuestro hogar". Dicho esto, interrumpió la comunicación y devolvió el artefacto a su lugar.

Al abandonar el cementerio supe por alguien de la familia que había sido deseo del propio Fernando ser enterrado con su móvil, lo que, constituyendo una excentricidad perfectamente afín a su carácter, me devolvía la imagen menos grata y oscura de quien sin duda había sido una de las referencias más importantes de mi vida. Como es costumbre, me dirigí en compañía de los íntimos a casa de la viuda para darle consuelo. Ella nos ofreció un café que estábamos saboreando mientras hablábamos de cosas intrascendentes, cuando sonó el teléfono. Tras unos instantes de terror, los presentes alcanzamos un acuerdo tácito: nadie había oído nada, ningún sonido de ultratumba se había colado en aquella reunión de amigos. Después de diez o doce llamadas, el aparato enmudeció y la propia viuda se levantó a descolgarlo. "No estoy para pésames", dijo.

Aquella noche, a la hora en la que los insomnes suelen descabezar un sueño, me levanté, fui al teléfono y marqué el número del móvil de Fernando. [...]

Juan José Millás, El País, 29-9-1995.

2. EL OYENTE

El oyente de la clase de Retórica, en quien Mairena sospechaba un futuro taquígrafo del Congreso, era, en verdad, un oyente, todo un oyente, que no siempre tomaba notas, pero que siempre escuchaba con atención, ceñuda unas veces, otras sonriente. Mairena lo miraba con simpatía no exenta de respeto, y nunca se atrevía a preguntarle. Sólo una vez, después de interrogar a varios alumnos, sin obtener respuesta satisfactoria, señaló hacia él con el dedo índice, mientras pretendía en vano recordar un nombre.

-Usted...

-Joaquín García, oyente.

-Ah, usted perdone.

-De nada.

Mairena tuvo que atajar severamente la algazara burlona que este breve diálogo promovió entre los alumnos de la clase.

-No hay motivo de risa, amigos míos; de burla mucho menos. Es cierto que yo no distingo entre alumnos oficiales y libres, matriculados y no matriculados; cierto es también que en esta clase, sin tarima para el profesor ni cátedra propiamente dicha -Mairena no solía sentarse o lo hacía sobre la mesa-, todos dialogamos a la manera socrática; que muchas veces charlamos como buenos amigos, y hasta alguna vez discutimos acaloradamente. Todo esto está muy bien. [...]

Antonio Machado, *Juan de Mairena*.

3. GULLIVER

Caminaba en zigzag, debía de sentirse gigantesca. Una pata caminaba por la calle Corrientes y la otra por Lavalle.

Tenía el aire experimental de las Criaturas que dudan. Aplastaba bares erráticamente, sin distinguir que, tal vez, destruiría aquél en el que estuvimos juntos. Para que no quedaran huellas de un amor que murió de amabilidades.

Avanzaba hacia la calle Tucumán. Cuidado con el Palacio de Justicia, pensé. A ella seguro que le daba lo mismo. Retrocedió como si hubiera escuchado. Giró noventa grados y se encaminó hacia la Avenida 9 de Julio. ¡Ja!, me dije, no sabe lo que le espera con el tránsito que hay por allí.

Envidiaba que con cada paso visitara una manzana entera.

Se detuvo en la Dársena Norte, con la mitad del cuerpo peludo y leve sobre el agua, sin hundirse. Flotando. Exhibiendo su habilidad para navegar. Lo más pancha. No hay derecho a tanta dicha. [...]

Ana Graciela Abregú, en *Quince líneas*.

4. HECHIZO DE LUNA

Recorrí el sendero que lleva al borde del valle. La noche clara permitió mi primera salida en solitario, curioseando. Desde la altura contemplé el paisaje. Permanecí algún tiempo apreciando el silencio, escudriñando en las sombras, olfateando el aire fresco. No me di cuenta hasta más tarde que mi madre me había seguido. Estaba unos pasos atrás.

-¿Qué haces? -dijo.

-Veo los riscos y los árboles centenarios salpicados entre las rocas; observo al búho que, de rama en rama, busca la presa; sigo con la vista las volutas del humo gris que salen de aquella cabaña, y me tiene atrapado el brillo de la luna allí, al fondo, sobre la superficie del río -contesté.

-¿Y qué sientes? -prosiguió ella.

-No lo sé. Algo dentro de mí me obliga a mirar la luna, a temerla y a quererla -respondí. [...]

Luis G. Torregrosa López

http://www.revistaelastillero.com.ar/cuentos_breves.htm

5. PREÁMBULO A LAS INSTRUCCIONES PARA DAR CUERDA AL RELOJ

Piensa en esto: cuando te regalan un reloj te regalan un pequeño infierno florido, una cadena de rosas, un calabozo de aire. No te dan solamente el reloj, que los cumplas muy felices y esperamos que te dure porque es de buena marca, suizo con áncora de rubíes; no te regalan solamente ese menudo picapedrero que te atarás a la muñeca y pasearás contigo. Te regalan -no lo saben, lo terrible es que no lo saben-, te regalan un nuevo pedazo frágil y precario de ti mismo, algo que es tuyo pero no es tu cuerpo, que hay que atar a tu cuerpo con su correa como un bracito desesperado colgándose de tu muñeca. Te regalan la necesidad de darle cuerda todos los días, la obligación de darle cuerda para que siga siendo un reloj; te regalan la obsesión de atender a la hora exacta en las vitrinas de las joyerías, en el anuncio por la radio, en el servicio telefónico. te regalan el miedo de perderlo, de que te lo roben, de que se te caiga al suelo y se rompa. Te regalan su marca, y la seguridad de que es una marca mejor que las otras, te regalan la tendencia a comparar tu reloj con los demás relojes. [...]

Julio Cortázar, Historias de cronopios y de famas.

Actividades

1. El final del texto titulado *El infierno es...*

- A. Después de numerosos pitidos sin que nadie respondiera, colgué el aparato, cansado de esperar. Fernando no estaba y ya no estaría jamás.
- B. Lo cogieron al primer pitido, pero colgué antes de escuchar ninguna voz. Sólo quería comprobar que el infierno existía.
- C. Al tercer pitido, Fernando descolgó. Le invité a tomar una copa, pero se excusó diciendo que ya no estaba para esos trotes y que lo dejáramos para otra ocasión. Tardé dos horas en conciliar el sueño.

2. El final del texto titulado *El oyente es...*

- A. Pero otra cosa es el debido respeto que el señor García se merece. Así que ya lo saben: oyentes o no, aquí nada de burlas.
- B. Conviene, sin embargo, que alguien escuche. Continúe usted, señor García, cultivando esa especialidad.
- C. Sin embargo, ya está bien de tanto cachondeo. ¿Es que uno ya no puede equivocarse tranquilamente? ¡Jo, qué gente!

3. El final del texto titulado *Gulliver es...*

- A. ¡PAFFF!, resonó el manotazo que fue el epitafio de la mosca, cuya silueta en sobrerrelieve se sumó al mapa de Buenos Aires.
- B. Volvió a tierra firme y, tomando la longitud de la Dársena Norte como la pista de un aeropuerto, arrancó el vuelo en un periquete y desapareció de mi vista para siempre.
- C. Pero, como la dicha no es eterna, entonces apareció una araña que la atacó sin piedad, inmisericorde, y la mosca falleció, por incauta.

4. El final del texto titulado *Hechizo de luna es...*

- A. -Pues haz como yo, hijo mío: aúlla, que ya has dejado de ser un lobezno.
- B. -Pues haz como yo, hijo mío: no la mires y así no sentirás su atracción.
- C. -Pues haz como yo, hijo mío: continúa tu paseo y déjate de tonterías.

5. El final del texto titulado *Preámbulo a las instrucciones para dar cuerda al reloj es...*

- A. Te regalan la preocupación de velar por la integridad física del reloj, mientras tú te olvidas de la tuya.
- B. Te obsequian de tal forma que tu vida se colmará de momentos felices y duraderos.
- C. No te regalan un reloj, tú eres el regalado, a ti te ofrecen para el cumpleaños del reloj.